

para vivienda del reciente matrimonio de su hijo. Después de una intensa reunión entre el propietario y san Josemaría, en la que también estuvo presente Amadeo de Fuenmayor, se consiguió diferir el desalojo hasta el verano siguiente. Se ganó así un tiempo precioso, el suficiente para encontrar un nuevo inmueble, que daría lugar a La Moncloa, residencia que iniciaría sus actividades a partir de julio de 1943. Se cerraba así el capítulo primero de la expansión de la labor apostólica del Opus Dei en la capital española una vez terminada la Guerra Civil. Quienes han dejado consignados recuerdos de aquellos años (Vicente Mortes, José María Casciaro, Pedro Casciaro, José Orlandis y Francisco Ponz) coinciden en señalar que la Residencia Jenner constituye un jalón importante en la historia del Opus Dei, porque allí se reunieron por primera vez un buen grupo de miembros, se pudo gozar de un Centro adecuado para dar estabilidad a la labor apostólica de Madrid y a la formación de los que se iban incorporando al Opus Dei, y se gozó de una plataforma para organizar la expansión por otras ciudades de España.

Voces relacionadas: Moncloa, Colegio Mayor Universitario; Actividad del Opus Dei; Albás Blanc, Dolores; Escrivá de Balaguer y Albás, Carmen; Madrid (1939-1946); Múzquiz de Miguel, José Luis; Portillo y Díez de Sollano, Álvaro del; Zorzano Ledesma, Isidoro.

Bibliografía: AVP, II, *passim*; Miguel ÁLVAREZ MORALES, *Vicente Mortes*, Madrid, Palabra, 1995; José María CASCIARO, *Vale la pena. Tres años cerca del Fundador del Opus Dei, 1939-1942*, Madrid, Rialp, 1997; Pedro CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos. Testimonio sobre el Fundador, de uno de los miembros más antiguos del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1994; José ORLANDIS RIVIRA, *Años de juventud en el Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993; José Miguel PERO-SANZ ELORZ, *Isidoro Zorzano (1902-1943)*, Madrid, Palabra, 1993; FRANCISCO PONZ PIEDRAFITA, *Mi encuentro con el Fundador del Opus Dei. Madrid, 1939-1944*, Pamplona, EUNSA, 2000.

Jaume AURELL

JESUCRISTO

1. Fuentes de la doctrina de san Josemaría.
2. Cristo, centro. Cristocentrismo.
3. Cristo, mediador: a) *Perfectus Deus, perfectus Homo*; b) Humanidad de Cristo, entrega y vida ordinaria; c) Redentor; d) Sacerdote.
4. Cristo, salvador: camino, verdad y vida.

Una exposición sistemática sobre el significado que Jesucristo tenía para san Josemaría debe poner en claro desde el principio los presupuestos de los que se parte. Ante todo, es preciso señalar que para san Josemaría la figura de Jesucristo no es un “tema” de estudio, sino presencia amada y vivificante. “Cristo vive. Jesús es el Emmanuel: Dios con nosotros”. E insiste de nuevo: “Cristo vive. Esta es la gran verdad que llena de contenido nuestra fe” (ECP, 102). La conciencia de la cercanía de Cristo vivo invita a no conformarse con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que lleva a aspirar a “aprender de Él detalles y actitudes”, y a sentirnos “metidos en su vida”, en las escenas en que esa vida se desarrolló (cfr. ECP, 107), y finalmente a identificarse con Jesús mismo.

La conciencia de la cercanía de Cristo vivo proporciona luz para entender todo el mensaje del fundador del Opus Dei. De hecho, al hablar o escribir de cualquier cosa, san Josemaría no hace sino tratar a Cristo y tratar de Jesucristo, de forma que las referencias explícitas e implícitas al Señor están por doquier en sus escritos y en su predicación oral registrada en diversos soportes. Estas referencias a Jesucristo son de índole teológico-espiritual. Habla y escribe de la vida de Jesús, de su misterio, de la relación de Jesucristo con los hombres, de su acción en la Iglesia, del sentido que todas las cosas reciben de Cristo, de la respuesta humana a Cristo, de su vida en Él, etc. La razón de ese modo de proceder es que todo está relacionado con Jesucristo. Al tratar de cualquier asunto, san Josemaría se funda siempre –y con frecuencia lo afirma explícitamente– en

su comprensión del misterio de Cristo, de forma que existe una dimensión cristológica omnipresente en sus obras. Para san Josemaría, toda la realidad, la vida de los hombres y de las mujeres, sólo se entienden desde Cristo.

En el presente artículo se renuncia a confeccionar un elenco de los abundantísimos textos y de las variadas formas en que san Josemaría se refiere a Jesucristo, y se tratará en cambio de ofrecer una visión sintética y unitaria de la comprensión que tenía del misterio de Jesucristo. Parece obligado avisar que –dada la abundancia de los textos relevantes para esta tarea, así como su imbricación con cualquier otro aspecto de la vida– lo que aquí se ofrece es por fuerza fragmentario e incompleto.

La exposición que sigue parte de un examen somero de las “fuentes” de las que san Josemaría bebió para formar su honda y existencial comprensión de Jesucristo. Posteriormente se articula en torno a tres categorías que nos parecen adecuadas para acoger de forma ordenada y jerárquica la complejidad –rica y densa, a la vez– de los múltiples elementos en los que queda expresada esa comprensión. Esas tres categorías dimanarían de tres apellidos de Jesucristo: Cristo *centro*; Cristo *mediador*; Cristo *salvador*, camino, verdad y vida.

1. Fuentes de la doctrina de san Josemaría

Las fuentes principales del conocimiento de Cristo que tenía san Josemaría son, como no podía ser de otra manera, la fe de la Iglesia y su propia experiencia espiritual de fidelidad a la gracia. Es posible, sin embargo, referirse además a los “lugares” biográficos en los que san Josemaría aprendió algo de Jesucristo.

El primero, sin duda, fue la educación cristiana en su hogar, en el que la piedad hondamente vivida se nutría de la liturgia, que tiene como centro los misterios de la

vida de Cristo, y de la práctica de devociones piadosas sólidas (cfr. AVP, I, pp. 31-32; 37-38). A esto se unió más tarde la catequesis previa a la primera Comunión, y la misma primera Comunión en la que el Señor –como afirmaba– “quiso venir a hacerse dueño de mi corazón” (AVP, I, p. 51). El conocimiento de la doctrina cristiana y la experiencia vivida de la presencia de Cristo en el alma eran realidades ricas y dinámicas de la vida interior de Josemaría.

Otro momento importante de progreso en el conocimiento de Cristo fue el de los estudios teológicos. No sabemos demasiado del estudio que el joven Josemaría hizo de la cristología en los años de su formación para el sacerdocio en el Seminario de San Francisco de Paula, en Zaragoza. En el año académico 1920-1921 cursó la asignatura *De incarnato et gratia*, que impartía el turolense Manuel Pérez Aznar, de quien sus alumnos recordaban que era muy tomista, y que sus explicaciones eran densas y buenas. Josemaría obtuvo la calificación de *Meritissimus*. Según la investigación de Ramón Herrando, el texto que se usaba en Zaragoza era el del canadiense L. A. Paquet (*Disputationes theologicae seu commentaria in Summam Theologicam D. Thomae*, IV: De Incarnatione Verbi, Romae, Pustet, 1906), que, como indica el título, era una acomodación académica de la *Summa* de Santo Tomás. Pero el Paquet escaseó algunos años, y entonces se utilizaba en su lugar el texto de Horatius Mazzella (*Praelectiones Scholastico-dogmaticae breviori cursu accommodatae*, Turin, Società Editrice Internazionale, 1914²). Según Herrando, no se ha podido precisar cuál de los dos utilizó san Josemaría (cfr. HERRANDO, 2002, pp. 146-149). Del examen de los manuales se concluye, sin embargo, que el título de la materia (*De Incarnato et gratia*) respondía más a la obra de Mazzella –que dedica a ambas cuestiones el volumen III– que a la de Paquet, que trata la cristología por sí misma y con más amplitud.

Finalmente, la lectura de autores espirituales fue dando a su conocimiento teológico y vivencial de Cristo una forma histórico-concreta y, especialmente, en conexión con su propia experiencia. Las referencias explícitas o implícitas a la *Imitación de Cristo*, a santa Teresa de Jesús, a san Ignacio de Loyola, a san Francisco de Sales, al P. Luis de la Palma y a otros autores permiten advertir fuentes espirituales en las que encontraba formulaciones felices y experiencias que le iluminaban en el desarrollo de su conocimiento de Cristo.

2. Cristo, centro. Cristocentrismo

Un término que puede ayudar para precisar el lugar que ocupa Cristo en la vida y en la doctrina de san Josemaría, es el de “centro”. Para el fundador del Opus Dei, Jesucristo es el centro en el que todo lo demás converge, encuentra su fundamento y del que todo recibe sentido, finalidad, energía. Se puede hablar, por eso, de un verdadero “cristocentrismo” en san Josemaría. Ratzinger lo describía como “un cristocentrismo acentuado y singular, en el que la contemplación de la vida terrena de Jesús y la contemplación de su presencia viva en la Eucaristía conducen al descubrimiento de Dios y a la iluminación, a partir de Dios, de las circunstancias del vivir cotidiano” (RATZINGER, *Mensaje inaugural*: BELDA, 1996, p. 59)

El cristocentrismo en san Josemaría no es una categoría teológica, sino cristocentrismo teologal, realidad sapiencialmente conocida y vivida. De este modo, lo que en el término “cristocentrismo” tomado como categoría pueda haber de planteamiento dialéctico, queda superado en una realidad en la que se concentra la diversidad de lo real de manera jerárquica y ordenada: “Cristo con su Encarnación, con su vida de trabajo en Nazareth, con su predicación y milagros por las tierras de Judea y de Galilea, con su muerte en la Cruz, con su Resurrección, es el centro de la creación, Primogénito y Señor de toda criatura” (ECP, 105). La centralidad de

Cristo no es tanto tema de análisis cuanto de experiencia viva del cristiano que busca existencialmente un centro de su vivir y lo encuentra en el mismo Cristo: “El remedio –costoso como todo lo que vale– [está hablando de la orientación de la vida] está en buscar el verdadero *centro* de la vida humana, lo que puede dar una jerarquía, un orden y un sentido a todo: el trato con Dios, mediante una vida interior auténtica. Si, viviendo en Cristo, tenemos en Él nuestro *centro*, descubrimos el sentido de la misión que se nos ha confiado, tenemos un ideal humano que se hace divino, nuevos horizontes de esperanza se abren ante nuestra vida” (CONV, 88).

Cristo como centro es la base de la unidad fundamental que entrelaza el misterio y la acción de Dios con la respuesta del hombre a su llamada. Una idea madre de san Josemaría es precisamente la unidad en sus diversas manifestaciones, una unidad que no se opone a la diversidad, pero sí excluye todo dualismo. En la historia de las religiones y de la filosofía el dualismo se presentaba originalmente como la distinción y mutua exclusión entre el espíritu y la materia. Posteriormente, ese dualismo ha adquirido connotaciones teológicas y se plantea –sin la tajante oposición cosmológica anterior– como distinción no fácil de conciliar entre naturaleza y gracia, libertad y gracia, fe y razón, y otras. El fundamento de ese dualismo es variado, pero su remedio es uno: la unidad en Cristo de Dios y el hombre, de historia y misterio, de ser y misión, de ontología y acción salvífica. En el decreto pontificio sobre la heroicidad de las virtudes de san Josemaría se lee a este respecto: “Gracias a una viva contemplación del misterio del Verbo Encarnado, el Siervo de Dios comprendió con hondura que el entramado de las realidades humanas se compenetra íntimamente, en el corazón del hombre renacido en Cristo, con la economía de la vida sobrenatural, convirtiéndose así en lugar y medio de santificación” (texto original en latín en *Romana*, 1990, p. 23).

“No cabe disociar la vida interior y el apostolado, como no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo quiso encarnarse para salvar a los hombres, para hacerlos con Él una sola cosa” (ECP, 122), afirma san Josemaría, en perfecta sintonía, por lo demás, con la teología moderna que subraya la insoslayable unidad entre cristología y soteriología. “Hablando con rigor, no se puede decir que haya realidades – buenas, nobles, y aun indiferentes– que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres” (ECP, 112). De la perfecta unidad de Cristo, centro de todo, se nutre la unidad de vida del cristiano: “¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser –en el alma y en el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales” (CONV, 114).

El cristocentrismo no se limita a Cristo como centro, es decir como punto de apoyo o de convergencia de un movimiento vital centrípeto. Ciertamente “todo se apoya en Él” (Col 1, 17), y todo se dirige a Él. Pero sería un error verlo como algo estático, porque, bien al contrario, es fuente inagotable de conocimiento y de vida. De hecho, conocimiento de Cristo y vida en Cristo no son momentos sucesivos sino aspectos mutuamente imbricados hasta el punto de ser indisociables. En este sentido, por la vía de la oración y de la propia experiencia espiritual, san Josemaría ha difundido sin problematismos un conocimiento de Cristo que es inseparable de la vida y de la caridad. Fe y caridad sólo existen unidas en su estado connatural. No es imposible una fe sin caridad, pero se trata de una situación anómala que no se puede mantener. Un conocimiento de Cristo meramente “objetivo” no es verdadero conocimiento, porque Cristo no es un objeto de estudio

sino persona viva a quien buscar, encontrar y amar. Esa es la síntesis de la que san Josemaría dejó constancia en la dedicatoria que puso en 1933 al regalar el libro *La pasión de Cristo*, del P. De la Palma, a Ricardo Fernández Vallespín, a la que se alude posteriormente en *Camino*, 382: “Al regalarte aquella Historia de Jesús, puse como dedicatoria: «Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo». –Son tres etapas clarísimas. ¿Has intentado, por lo menos, vivir la primera?» (cfr. CECH, pp. 552-554)

El conocimiento de Cristo es tema fundamental en la cristología viva de san Josemaría, pero la expresión remite a un conocimiento con todo lo que implica: las condiciones subjetivas para que ese conocimiento sea real, y el enriquecimiento que aporta a quien en él crece. Lo que connota, en primer lugar, la relación entre conocimiento y amor: “Cuando se ama mucho a una persona, se desea saber todo lo que a ella se refiere. –Meditalo: ¿tú tienes hambre de conocer a Cristo? Porque... con esa medida le amas” (F, 37). Aún se puede dar un paso más y concretar el amor en servicio. San Josemaría relaciona repetidas veces el servicio como condición para el conocimiento de Cristo: “sólo sirviendo podremos conocer y amar a Cristo” (ECP, 182). Y antes en la misma obra afirma: “Conocer a Jesús, por tanto, es darnos cuenta de que nuestra vida no puede vivirse con otro sentido que con el de entregarnos al servicio de los demás” (ECP, 145).

3. Cristo, mediador

La referencia explícita a la expresión de Cristo como “Mediador” no es abundante en los escritos de san Josemaría: apenas tres referencias en *Es Cristo que pasa*. “Porque Cristo es el Camino, el Mediador: en Él, lo encontramos todo; fuera de Él, nuestra vida queda vacía” (ECP, 102; la idea se repite casi literalmente un poco antes: ECP, 91). “Cada uno de nosotros ha de ser *ipse Christus*. Él es el único media-

dor entre Dios y los hombres; y nosotros nos unimos a Él para ofrecer, con Él, todas las cosas al Padre” (ECP, 120).

A pesar de la ausencia de un uso formal de la expresión “mediación de Cristo”, se puede afirmar que precisamente Cristo como mediador, es el “recipiente” más adecuado para acoger en una relación variada y armónica los rasgos con los que san Josemaría ha presentado su visión de Jesucristo. “La profunda percepción de la riqueza del misterio del Verbo encarnado fue el cimiento sólido de la espiritualidad del fundador” (DEL PORTILLO, 1993, p. 77). Y “misterio del Verbo encarnado” es precisamente el misterio del único Mediador, el hombre Cristo Jesús que dio su vida en rescate por todos (cfr. 1 Tm 2, 5).

La mediación de Cristo expresa la dinamización de su centralidad no sólo en cuanto vida de los hombres, sino también como punto de encuentro en el que converge, y también del que procede, el movimiento que parte de Dios y llega a los hombres, y de éstos retorna a Dios. Vamos a examinar en el interior de esta única mediación de Cristo cuatro aspectos esenciales en la comprensión cristológica de san Josemaría: Cristo como *perfectus Deus*, *perfectus homo*; el sentido de la Humanidad de Cristo; Cristo redentor, y finalmente Cristo sacerdote.

a) *Perfectus Deus, perfectus Homo*

San Josemaría recoge con frecuencia esta antigua expresión utilizada ya en el llamado *Decreto de Unión* (año 433), y solemnemente en el Concilio de Calcedonia (451). “Cristo es *perfectus Deus, perfectus homo*, Dios, Segunda Persona de la Trinidad Beatísima, y hombre perfecto. Trae la salvación, y no la destrucción de la naturaleza” (AD, 73). En el uso que hace de ella, pone el acento en lo que considera que ha pasado más inadvertido, la perfecta Humanidad: “«Jesus Christus, perfectus Deus, perfectus Homo» –Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre. –Muchos

son los cristianos que siguen a Cristo, pasmados ante su divinidad, pero le olvidan como Hombre...” (S, 652). “*Perfectus Deus, perfectus homo*, perfecto Dios, y perfecto Hombre de carne y hueso, como tú, como yo” (AD, 50).

“Cada uno de estos gestos humanos [está hablando de las narraciones evangélicas] es gesto de Dios. (...) Cristo es Dios hecho hombre, hombre perfecto, hombre entero. Y, en lo humano, nos da a conocer la divinidad. (...) Estamos descubriendo a Dios. Toda obra de Cristo tiene un valor trascendente: nos da a conocer el modo de ser de Dios, nos invita a creer en el amor de Dios, que nos creó y que quiere conducirnos a su intimidad” (ECP, 109). Además de darnos a conocer a Dios, Jesucristo da a conocer el sentido divino de la vida humana, también de la vida ordinaria: “nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino” (ECP, 14); “toma en serio al hombre y quiere darle a conocer el sentido divino de su vida” (ECP, 109).

Al acentuar la perfecta y real Humanidad de Cristo, san Josemaría subraya, en efecto, que Jesucristo es mediador en cuanto hombre y que, por tanto, revela la presencia de lo divino en lo humano. *Unitatem teneat divinitas, medietatem suscipiat humanitas*, (“que la Divinidad conserve la unidad y la Humanidad reciba la condición mediadora”), había escrito san Agustín (*Sermo* 293, n. 7). La Humanidad de Cristo (la *divina humanitas* de que también habla el obispo de Hipona) muestra la forma humana de Dios, en tanto que la divinidad (la *humana divinitas*) manifiesta el modo divino de ser hombre. A través de su Humanidad, el Verbo de Dios ha descendido al nivel de los hombres, se ha hecho cercano a ellos. De ese modo, la encarnación ha afectado hondamente a los hombres a los que ha divinizado. La mediación de Cristo en cuanto hombre se especifica de manera especial en su humillación, en la *forma servi* del mediador, ya que esta “forma de sier-

vo” nos la acerca radicalmente: “Te contemplo *perfectus Deus, perfectus homo*: verdadero Dios, pero verdadero Hombre: con carne como la mía. *Se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo* (Flp 2, 7), para que yo no dudase nunca de que me entiende, de que me ama” (AD, 201).

b) *Humanidad de Cristo, entrega y vida ordinaria*

“Para acercarnos a Dios hemos de emprender el camino justo, que es la Humanidad Santísima de Cristo” (AD, 299). San Josemaría se acerca a la Humanidad de Cristo desde varias perspectivas (teológica, espiritual, mística). Biográficamente, la primera es la perspectiva espiritual. La teológica y mística vienen después. La perspectiva teológica –que es la que ahora nos interesa– es la apuntada en el texto recién citado: el verdadero conocimiento de Dios es el que se encuentra en Cristo. “Todo el poder, toda la majestad, toda la hermosura, toda la armonía infinita de Dios, sus grandes e inconmensurables riquezas, ¡todo un Dios!, quedó escondido en la Humanidad de Cristo para servirnos. El Omnipotente se presenta decidido a oscurecer por un tiempo su gloria, para facilitar el encuentro redentor con sus criaturas” (AD, 111). San Josemaría se apoya en el misterio de la encarnación, en una perspectiva descendente que no deja ninguna duda de que Cristo hombre es el Hijo amado, la imagen perfecta del Padre. Al mismo tiempo, la Humanidad de Cristo se convierte en punto de partida para el verdadero acceso a Dios, de forma que el círculo se completa en el movimiento ascendente que va desde la Humanidad al misterio insondable y cercano de la Trinidad.

En los escritos de san Josemaría se encuentra, aunque difuminado y no explicitado, un punto del que la teología moderna se ha ocupado (conectando de hecho con la tradición agustiniana y tomista): cómo la Humanidad de Cristo fundamenta una verdadera sacramentalidad. San

Agustín habla del “*mediatoris sacramentum*”, y Tomás de Aquino del “*instrumentum coniunctum*”, por el que llega la acción salvífica a los sacramentos (cfr. S.Th., III, q. 62, a. 5). Tras estas expresiones se halla la convicción de que la Humanidad de Cristo es el signo eficaz de la presencia y de la donación de Dios. Hay en la Humanidad de Cristo una trascendencia que remite y realiza la más perfecta donación de Dios a sus hijos.

La Humanidad de Cristo es, escribe san Josemaría, “esa maravilla inefable de Dios que se humilla hasta hacerse hombre” (AD, 178). En coherencia con la *kenosis* de que habla san Pablo, san Josemaría entiende que la encarnación es fruto del abajamiento, de la humillación del Hijo, de una humillación que revela el valor de todos los momentos del vivir y del actuar humanos. Ese abajamiento se manifiesta con fuerza en la vida ordinaria, oculta, vivida por Jesús durante treinta años que san Josemaría contempla como luz que ilumina todo acontecer humano y en la que encuentra la fuente inspiradora del proceso en virtud del cual todo cristiano se sabe llamado a llegar a ser *alter Christus, ipse Christus*. Pero ese abajamiento que implica la encarnación adquiere su expresión máxima en la humillación de la pasión de Jesús: la “Humanidad doliente, reducida a un guiñapo” (AD, 132) “la Santísima Humanidad del Señor hecha una llaga” (VC, I Estación); las llagas de la Humanidad de Cristo (cfr. C, 555; AD, 302), son realidades que tocan profundamente el corazón y lo elevan hasta comprender, en la medida que le es dado al ser humano, la hondura del amor divino y llenarse en consecuencia de alegría. “Todos percibís en vuestras almas una alegría inmensa, al considerar la santa Humanidad de Nuestro Señor: un Rey con corazón de carne, como el nuestro; que es autor del universo y de cada una de las criaturas, y que no se impone dominando: mendiga un poco de amor, mostrándonos, en silencio, sus manos llagadas” (ECP, 179).

San Josemaría ve esa progresiva humillación de Cristo en su Humanidad como la expresión más perfecta del amor que invade el corazón de Cristo, de un amor que –como veremos– es esencialmente redentor. “Discurrir sobre este tema [la santa pureza] significa dialogar sobre el Amor. Acabo de señalarlos que me ayuda, para esto, acudir a la Humanidad Santísima de Nuestro Señor, a esa maravilla inefable de Dios que se humilla hasta hacerse hombre, y que no se siente degradado por haber tomado carne como la nuestra, con todas sus limitaciones y flaquezas, menos el pecado; y esto, ¡porque nos ama con locura!” (AD, 178).

c) Redentor

“No es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo se hizo carne y vino a la tierra *ut omnes homines salvi fiant* (cfr. 1 Tm 2, 4), para salvar a todos los hombres” (ECP, 106; cfr. ECP, 122). Más adelante nos detendremos en la acción salvífica y redentora de Cristo. Ahora nos interesa solamente la identidad de Cristo como redentor, que dimana de su ser el único mediador entre Dios y los hombres. Así entendido, no es posible pensar que Cristo es redentor precisamente en cuanto actúa como tal, dependiendo por tanto de su actividad. Cristo es redentor en sí mismo, porque es el Mediador, y en consecuencia su actuar es redentor; no es redentor porque redime, sino al revés, redime porque es redentor. En esa convicción de la identidad redentora de Cristo se engarza la profunda percepción teológico-espiritual de san Josemaría que se aprecia en expresiones como el “andar redentor de Jesucristo” (ECP, 162), o que en la vida oculta “estaba realizando la redención del género humano” (ECP, 14).

Por ser Cristo redentor, toda su vida tiene valor soteriológico. Ciertamente, será en la pasión y en la muerte libremente aceptada en las que –a la luz de la teología veterotestamentaria del sacrificio– culmina

la redención. San Josemaría se refiere a la Cruz, que es “emblema del Redentor” (VC, II Estación), a la “sangre redentora” (AD, 302; ECP, 8), al redentor del universo, inmolado (cfr. ECP, 10), etc., en cuanto momentos en los que la redención realizada por Cristo se hace completamente explícita y acabada. Pero al mismo tiempo percibe que no se puede reducir la redención a sólo esos momentos.

Si la redención tuviera lugar sólo en el Calvario, el resto de la vida de Jesús y especialmente los treinta años de vida oculta serían irrelevantes y sólo servirían para subrayar la humildad de Jesús y no su acción salvífica. San Josemaría entiende que la unidad de la vida del Señor impide establecer en ella momentos entitativamente distintos. Jesús es el redentor y por esa razón toda su vida es redentora. Y hablar aquí de redención no sólo supone referirnos a la eficacia (causa eficiente), sino también a la iluminación (causa ejemplar) que esa vida trae a los hombres. La vida de los hombres no está presidida, a partir de Cristo, por un interrogante sobre el sentido que tiene el vivir, ya que en Cristo –ejemplar y modelo– halla la respuesta: “Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino” (ECP, 14). De este modo, se puede concluir aceptando sin ambages la distinción antigua entre *sacramentum et exemplum* como perfectamente adecuada a Cristo redentor.

d) Sacerdote

La función del mediador es una función sacerdotal, aunque no se agota en ella. Por ser mediador, Jesucristo es sacerdote, y su sacerdocio tiene su expresión máxima en el sacrificio. San Josemaría ha percibido existencialmente el significado del sacerdocio de Cristo; es decir, ha entendido a Cristo como sacerdote, acercándose a Él a partir de su propia condición sacerdotal, impulsado por el deseo de

comprender mejor el modelo y el ejemplo en el que inspirar su vida de sacerdote.

San Josemaría se refiere a Cristo sacerdote utilizando tres referencias principales. La primera describe a Cristo como sacerdote eterno y al mismo tiempo como víctima: “Sacerdote eterno, Jesucristo, que al mismo tiempo es la Víctima” (ECP, 85; cfr. AIG, 45-47). La eternidad del sacerdocio de Cristo la ha comentado san Josemaría en su predicación a partir de Hb 7, 3 y sobre todo del versículo 24 en adelante. El sacerdote eterno es al mismo tiempo la víctima perfecta y única (“¡la única Víctima es Él!”: F, 785). Esa víctima es Cristo Rey, y rey en la Cruz (cfr. ECP, 179), lo que nos introduce en el siguiente aspecto del sacerdocio de Cristo.

En segundo lugar, san Josemaría fija, en efecto, la mirada en el gesto del sacerdote eterno que extiende los brazos en la Cruz: “Cristo, que subió a la Cruz con los brazos abiertos de par en par, con gesto de Sacerdote Eterno...” (F, 4). Entre Cristo sacerdote y la Cruz, la relación es inseparable: “El Señor, Sacerdote Eterno, bendice siempre con la Cruz” (S, 257). Pero la Cruz no es sólo el lugar del ofrecimiento de la víctima, sino también trono desde el que Cristo sacerdote reina. La idea estaba ya en *Santo Rosario*: “Jesús Nazareno, Rey de los judíos, tiene dispuesto el trono triunfador. Tú y yo no lo vemos retorcerse, al ser enclavado: sufriendo cuanto se pueda sufrir, extiende sus brazos con gesto de Sacerdote Eterno” (SR, Quinto Misterio Doloroso).

La tercera referencia a Cristo sacerdote dimana de las anteriores: Cristo es sacerdote y víctima que se entrega y al mismo tiempo reina en la Cruz, y desde allí, con los brazos abiertos –este es el nuevo paso– atrae todo hacia él. “Jesús, con gesto de sacerdote eterno, atrae hacia sí todas las cosas, para colocarlas, *divino afflante Spiritu*, con el sople del Espíritu Santo, en la presencia de Dios Padre” (ECP, 94). La atracción de Cristo desde la Cruz es un

punto esencial de la comprensión de Cristo que tiene san Josemaría, especialmente a partir del suceso del 7 de agosto de 1931 (cfr. RODRÍGUEZ, 1991, pp. 331-352). El mismo san Josemaría lo exponía en *Conversaciones*, 59: “Desde hace muchísimos años, desde la misma fecha fundacional del Opus Dei, he meditado y he hecho meditar unas palabras de Cristo que nos relata San Juan: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32). Cristo, muriendo en la Cruz, atrae a sí la Creación entera”. Y conviene subrayar que esa atracción es de Cristo-sacerdote que desde la Cruz “atrae a Sí todas las cosas” (VC, XI Estación), y las presenta unidas a la víctima, que es Él mismo, al Padre.

Una última anotación: de Cristo sacerdote brota el sacerdocio real de los cristianos, llamados a ser *alter Christus*, y el sacerdocio ministerial, que por el sacramento del orden configura a los sacerdotes con Cristo cabeza. Pero una consideración de estos puntos trasciende el objeto de estas páginas.

4. Cristo, salvador: camino, verdad y vida

El título “Salvador” es, sin duda, uno de los más adecuados para referirnos a Jesucristo: “La fe nos lleva a reconocer a Cristo como Dios, a verle como nuestro Salvador, a identificarnos con Él, obrando como Él obró” (ECP, 106). Designar a Cristo como Salvador es más amplio que llamarle Redentor, ya que la redención es un aspecto fundamental pero no el único de la salvación. A la salvación pertenecen también la revelación, la divinización (Cristo verdad y vida), etc. “El Verbo se hizo carne y vino a la tierra *ut omnes homines salvi fiant* (cfr. 1 Tm 2, 4), para salvar a todos los hombres. Con nuestras miserias y limitaciones personales, somos otros Cristos, el mismo Cristo, llamados también a servir a todos los hombres. (...) Nuestro Señor ha venido a traer la paz, la buena nueva, la vida, a todos los hombres” (ECP, 106).

En los apartados anteriores, el interés se ha centrado en la persona de Jesucristo en sentido, por así decir, descendente: Cristo es el don de Dios que baja del cielo, en el que encontramos nuestro centro, el mediador en el que Dios se acerca a nosotros. Ahora se trata de reflexionar sobre Cristo Salvador en sentido ascendente, es decir, en cuanto camino abierto para que el cristiano lo recorra y así el misterio de Cristo alcance su plena eficacia salvífica: “Jesús es el Camino, el Mediador; en Él, todo; fuera de Él, nada” (ECP, 91). Jesús se hace camino al encarnarse, y de esa forma la verdad y la vida llegan a los hombres, como había escrito san Agustín: “Permaneciendo junto al Padre, es verdad y vida; haciéndose hombre, se hizo camino” (*Trat. Evang. S. Juan*, 34, 9). Al hacerse camino de ascenso a Dios, Cristo realiza su función de mediador porque hace posible al hombre ir hacia Él. Al ofrecerse como sacrificio y expiación, Cristo realiza la reconciliación y pone ante el Padre la respuesta humana al don de la salvación, respuesta a la que pueden asociarse, identificándose con Él, todos los hombres.

Cristo es camino por la encarnación. Por eso, san Josemaría habla del “camino justo” para acercarnos a Dios, que es “la Humanidad Santísima de Cristo” (AD, 299): al contemplar a Cristo “que gasta su vida en servicio de los otros, hacemos mucho más que describir un posible modo de comportarse. Estamos descubriendo a Dios” (ECP, 109). La idea es completada al poner en relación la Humanidad con la Cruz: “Para llegar a Dios, Cristo es el camino; pero Cristo está en la Cruz” (VC, X Estación).

Queda todavía por considerar, sin embargo, una cuestión capital: para llegar al camino que es Cristo, ¿basta el recuerdo de su vida, de la que se toma inspiración y ejemplo? Y si el pasado no es suficiente, ¿dónde encontramos a Cristo? Son preguntas que nacen en quien escucha por primera vez la predicación cristiana, y tam-

bién en quienes siendo cristianos se ven ante la urgencia de mostrar a Cristo vivo a los demás.

San Josemaría afirma categóricamente en un texto de enorme fuerza que pertenece a una homilía de Pascua: “Cristo no es una figura que pasó, que existió en un tiempo y que se fue, dejándonos un recuerdo y un ejemplo maravillosos (...). Cristo vive. (...) Esta es la gran verdad que llena de contenido nuestra fe” (ECP, 102). A Cristo vivo lo encontramos –afirma– en la Iglesia, en la Eucaristía, en el cristiano. Así como, aunque en otro sentido, en su “pasar” (“Cristo que pasa”) por el mundo, a través de los acontecimientos ordinarios de la vida del cristiano.

En la Iglesia: “Cristo permanece en su Iglesia: en sus sacramentos, en su liturgia, en su predicación, en toda su actividad” (*ibidem*). En la Eucaristía: “La presencia de Jesús vivo en la Hostia Santa es la garantía, la raíz y la consumación de su presencia en el mundo” (*ibidem*). En el cristiano: “Cristo vive en el cristiano. La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está *endiosado*. Somos hombres y mujeres, no ángeles. Seres de carne y hueso, con corazón y con pasiones, con tristezas y con alegrías. Pero la divinización redundando en todo el hombre como un anticipo de la resurrección gloriosa” (ECP, 103).

Por otra parte, Cristo es aquel que pasa a nuestro lado. “¡Siempre Cristo, *que pasa!*” (ECP, 71). Cristo que pasa significa la clemencia divina (cfr. ECP, 67); se nos hace presente en las necesidades de nuestros hermanos los hombres (cfr. ECP, 145); espera de nosotros –hoy, ahora– una gran mudanza (cfr. ECP, 59). Cristo sigue pasando por las calles y por las plazas del mundo, a través de sus discípulos, los cristianos (cfr. ECP, 71; F, 665). “Es Jesús que pasa, y Jesús que se queda. Permanece en ti, en cada uno de vosotros y en mí” (F, 673). El paso de Jesús transforma la realidad haciéndola portadora de un “algo divino” (CONV 116, 121; AD, 305),

de la posibilidad de que la vida ordinaria sea ocasión de un encuentro con Dios. El paso de Jesús de que habla san Josemaría evoca los versos de san Juan de la Cruz en el *Cántico espiritual*. Al ruego que se hace a la creación: “decid si por vosotros ha pasado”, responde así: “Mil gracias redamando/ pasó por estos sotos con presura/ y yéndolos mirando/ con sola su figura/ vestidos los dejó con su hermosura”. Si la creación, según el místico castellano, queda vestida de hermosura al pasar por ella Jesucristo, san Josemaría hace ver que cabe decir algo semejante respecto de la vida y de la actividad ordinarias de los seguidores de Jesús, atravesadas por ese “algo divino” que deja en ellas el haber tenido como protagonista al Hijo de Dios hecho hombre.

Para encontrar a Cristo hay que abrirse a Él por la fe. “En este campo –afirma san Josemaría– la cumbre del progreso se ha dado ya: es Cristo, alfa y omega, principio y fin (cfr. Ap 21, 6). En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió, y resucitó, y vive y permanece siempre. Pero hay que unirse a Él por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo!” (ECP, 104).

Al subrayar que Cristo vive (“no es una figura que pasó, [...] Cristo vive. Jesús es el Emmanuel: Dios con nosotros”: ECP, 102) san Josemaría muestra que la relación del hombre con Cristo debe fundarse en un conocimiento vivo, existencial, que sea la entrada al *trato*, al *seguimiento* y a la *identificación* que constituyen hitos en el itinerario de la relación con Jesucristo. “Tratar a Jesús en la Palabra y en el Pan” (ECP, 152) aparece como tarea insustituible para que Cristo viva en el cristiano. La oración bíblica y litúrgica son requisitos necesarios. “Hay que tratar a Cristo, en la Palabra y en el Pan, en la Eucaristía y en la Oración. Y tratarlo como se trata a un amigo, a un

ser real y vivo como Cristo lo es, porque ha resucitado” (ECP, 116). Este trato en el Pan y en la Palabra implica la meditación de la vida de Jesús, especialmente de la vida oculta y de la pasión; de ambas recibe el cristiano luces para conocer a fondo a Cristo, para grabar en la mente y en el corazón una imagen viva de Jesús que inspire su vida y su acción. Como fruto del trato con Jesucristo “para poder amarle siempre más” (F, 545), del “tratarle como a un hermano” (cfr. CONV, 67), brotan la imitación y el seguimiento a los que sigue finalmente la identificación con Él.

Este proceso de imitación y de seguimiento se entiende mejor a la luz de los misterios de la vida de Cristo. De hecho, la forma narrativa con la que san Josemaría se ha referido ordinariamente a Jesucristo ha dado lugar a que en sus escritos haya una verdadera teología de los misterios de la vida de Cristo. En la línea de santos como Teresa de Jesús y Juan Eudes, san Josemaría ha aportado su propia experiencia y su comprensión de la vida como plasmación de la vida misma de Jesús. Si, siguiendo al *Catecismo de la Iglesia Católica* (nn. 512-570), distinguimos entre los misterios de la vida oculta y los de la vida pública de Jesús, habría que decir que san Josemaría ha subrayado especialmente los primeros, los misterios de la vida oculta, aunque abriéndose, desde ellos, a toda la realidad de la existencia terrena de Jesús. En una homilía sobre la Ascensión –“el último de los misterios de la vida de Jesucristo entre los hombres”– se lee: “Desde el Nacimiento en Belén, han ocurrido muchas cosas: lo hemos encontrado en la cuna, adorado por pastores y por reyes; lo hemos contemplado en los largos años de trabajo silencioso, en Nazaret; lo hemos acompañado a través de las tierras de Palestina, predicando a los hombres el Reino de Dios y haciendo el bien a todos. Y más tarde, en los días de su Pasión, hemos sufrido al presenciar cómo lo acusaban, con qué saña lo maltrataban, con cuánto odio lo crucificaban” (ECP, 117).

En la vida oculta de Jesús san Josemaría ha señalado un terreno de imitación que afecta a la vida ordinaria de la mayor parte de los hombres. La imitación de Cristo en su “vida de trabajo corriente en medio de los hombres”, santificada como ofrenda gratísima al Padre, es camino que se ofrece a toda la Humanidad. Quien comprende el valor santo y santificador de la vida oculta de Cristo, advierte que la imitación de esa vida es camino de santidad para todos (cfr. ARANDA, 2000, p. 167).

A su vez, a través de la consideración de los misterios de la vida pública la imitación adquiere matices de seguimiento. “Seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con Él, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con Él nos identifiquemos” (AD, 299). Por ese camino tiene lugar “la identificación con Cristo, la santidad” (ECP, 58), y por tanto la plena realización de la dignidad a la que el hombre por la gracia de Dios está llamado. Terminemos por eso con una cita de una homilía en la festividad de la Epifanía: “A los pies de Jesús Niño, en el día de la Epifanía, ante un Rey sin señales exteriores de realeza, podéis decirle: Señor, quita la soberbia de mi vida; quebranta mi amor propio, este querer afirmarme yo e imponerme a los demás. Haz que el fundamento de mi personalidad sea la identificación contigo” (ECP, 31).

Voces relacionadas: Cruz; Eucaristía; Identificación con Cristo; Trinidad Santísima.

Bibliografía: Antonio ARANDA, “*El bullir de la Sangre de Cristo*”. *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2000; Manuel BELDA - José ESCUDERO - José Luis ILLANES - Paul O’CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo. Actas del simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá (Roma, 12-14 de octubre de 1993)*, Madrid, EUNSA, 1996; Ramón HERRANDO, *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925). El seminario de San Francisco de Paula*, Madrid, Rialp, 2002; José Luis ILLANES,

“El cristiano «alter Christus - ipse Christus». Sacerdocio común y sacerdocio ministerial en la enseñanza del beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, en Gonzalo ARANDA - Claudio BASEVI - Juan CHAPA (eds.), *Biblia, exégesis y cultura. Estudios en honor del Prof. D. José María Casciaro*, Pamplona, EUNSA, 1994, pp. 605-622; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993; Pedro RODRIGUEZ, “«*Omnia traham ad meipsum*». El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 13 (1991), pp. 331-352; Giuseppe TANZELLA-NITTI, “*Perfectus Deus, perfectus homo*. Riflessioni sull’esemplarità del mistero dell’Incarnazione del Verbo nell’insegnamento del Beato Josemaría Escrivá”, en *Romana. Bollettino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 25 (1997), pp. 360-381.

César IZQUIERDO

JIMÉNEZ VARGAS, JUAN

(Nac. Madrid, España, 24-IV-1913; fall. Pamplona, España, 29-IV-1997). Juan Jiménez Vargas fue uno de los primeros fieles del Opus Dei. Nacido en Madrid, cursó la Enseñanza Secundaria en el Instituto de San Isidro de dicha ciudad (1923-1929), y luego la superior en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid (1929-1935). Un compañero de estudios le presentó a san Josemaría en 1932. Se vieron de nuevo en diciembre y Juan comenzó a tener dirección espiritual con él. El fundador le explicó el Opus Dei. Juan comprendió de inmediato que el Señor le llamaba a seguir en celibato apostólico el camino de santidad y entrega a Dios en el trabajo profesional y en las circunstancias ordinarias de la vida que se ofrecía a sus ojos. El 4 de enero de 1933 pidió la admisión en la Obra. Fue uno de los tres estudiantes que asistieron el veintiuno de ese mes a la clase con la que el fundador iniciaba el primero de los cursos de formación espiritual con la juventud, actividad que luego se extendería por todo el mundo. San Josema-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.